

LA IGLESIA EN NICARAGUA

Una de las características novedosas del proceso nicaragüense y de las que más ha hecho hablar y escribir ha sido la participación de los cristianos en todo el proceso. Efectivamente, además del debate nacional e internacional que se ha venido dando sobre el camino nicaragüense, se ha dado también una reflexión interna dentro de la propia Iglesia Católica. Una reflexión sobre las exigencias de la fe en las luchas por mejorar la situación del pueblo. Una reflexión difícil y muchas veces tensa porque no hay "recetas" previas, y la novedad cambiante exige una atención muy especial a la situación misma, a los "signos de los tiempos" y al Espíritu de Jesús, para ser fieles a las exigencias del evangelio.

Juan Pablo II, en su misión de pastor de toda la Iglesia, se ha preocupado directamente por la situación que viven los cristianos nicaragüenses. El pasado 29 de junio les dirigió una carta, a través de los Obispos de Nicaragua, en la que hace un nuevo llamado a la unidad de la Iglesia en su fidelidad a las exigencias del Reino de Dios.

La carta del Papa produjo diversas reacciones. En primer lugar la de los cristianos de Nicaragua que la acogieron como un nuevo e importante elemento en su proceso de reflexión. En efecto, la carta del Papa fue seriamente reflexionada y los resultados de ese discernimiento se los comunicaron al propio Papa en una carta fechada el 15 de agosto pasado. También reaccionaron los diferentes sectores de la sociedad nicaragüense, intentando cada uno encontrar su razón en las palabras del Papa. Pero sobre todo, la prensa internacional quiso hacer uso de la carta del Papa como instrumento de división y no de unidad, como si fuese una sentencia contra unos y a favor de otros. Y esos son los ecos que nosotros recibimos. Como no hay mejor arma contra la manipulación informativa que la verdad de las cosas publicada enteramente, ofrecemos a nuestros lectores el texto completo de la Carta de Juan Pablo II (lo que no hizo la prensa internacional) y algunas reflexiones que la acogida de los cristianos nicaragüenses a ese llamado produjeron. He aquí pues, una muestra de solicitud paternal y de diálogo en contraposición al enfrentamiento que se empeñan en pintar los medios de prensa interesados en usar la palabra papal para defender sus intereses. (N. de la R.)

1. CARTA DEL PAPA

Hermanos en el Episcopado:

Mientras, en obediencia a la misteriosa llamada que lo hizo Sucesor de Pedro, de buena gana entrega lo que tiene y hasta se entrega a sí mismo por el bien de todos (cf. 2 Cor. 12, 15), el Papa no olvida sus propios deberes hacia quienes, en las Iglesias Particulares de todo el mundo desempeñan, en medio a no pocas dificultades, el ministerio de Pastores.

A ellos los une un vínculo especial. Especial por sus raíces evangélicas, pues a Pedro, a quien había conferido el primer puesto entre los Doce, Jesús quiso confiar en un momento solemne de su vida, la misión de confirmar a sus hermanos en la fe y en el servicio apostólico (cf. Lc. 22,32). Especial también por su naturaleza teológica: el Concilio Vaticano II, profundizando la antigua doctrina de la colegialidad episcopal, subrayó con riqueza de conceptos y de expresiones que el Colegio episcopal "en cuanto compuesto de muchos, expresa la variedad y la universalidad del Pueblo de Dios, y en cuanto reunido bajo una sola cabeza, significa la unidad del Cuerpo de Cristo" (Lumen gentium, 22; cf. Christus Dominus, 4).

Por razón de este vínculo, al que el aspecto dogmático no quita nada a su dimensión profundamente afectiva, y dadas las peculiares circunstancias en las que sois llamados a ejercer vuestro ministerio episcopal, sabed que os estoy muy cercano. Cercano en cuanto "no ceso de dar gracias acerca de vosotros y de hacer memoria de vosotros en mi oración" (Ef 1,16). Cercano por la intención e interés con los que me informo constantemente sobre vuestras actividades pastorales. Cercano por el sostén espiritual a vuestra labor, tan devota cuanto exigente y delicada, en favor de la promoción humana, personal y colectiva de vuestras gentes. Cercano, finalmente en mi fraterna solicitud por vuestro quehacer de Pastores y Maestros en las Iglesias a vosotros confiadas.

Además, la fiesta de hoy de los Apóstoles Pedro y Pablo, avivando en nosotros el sentido de la Colegialidad, me da la oportunidad de escribiros, con el "vivo deseo de veros, para comunicaros algún don espiritual con el cual seáis fortalecidos" (Rom 1,10).

Quisiera que encontrarais ya en las precedentes consideraciones la primera y fundamental expresión del aliento y estímulo que deseo comunicaros. Un Obispo nunca está solo, puesto que se encuentra en viva y dinámica comunión con el Papa y con sus hermanos Obispos de todo el mundo. No estáis solos: os sostiene la presencia espiritual de este hermano mayor vuestro y os rodea la comunión afectiva y efectiva de miles de hermanos.

Pero os quiero invitar a pensar en otra, más reducida pero no menos importante dimensión de la comunión: la comunión entre vosotros mismos, miembros de esa querida Conferencia Episcopal de Nicaragua.

Esta comunión, nacida de la participación en la plenitud del sacerdocio de Jesucristo, no es meramente externa. No está hecha de convenciones o protocolos; es una comunión sacramental y como tal debe ser puesta en práctica.

Os confieso que no puedo tener gozo más grande que el de saber que entre vosotros prevalece por encima de todo lo que pudiera dividirlos, esta unidad esencial in Christo et in Ecclesia. Unidad tanto más exigente y necesaria cuanto de ella dependerá, por un lado la credibilidad de vuestra predicación y la eficacia de vuestro apostolado, y por otro la comunión que, supuestas las conocidas dificultades, tenéis la misión de construir entre vuestros fieles.

Ahora bien, esta unidad de los fieles aparece a nuestros ojos como el don quizá más precioso —porque frágil y amenazado— de esta Iglesia en Nicaragua vuestra y nuestra.

Lo que declaró el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia universal, que es señal e instrumento de la unidad a construir en el mundo y en la humanidad (cf. Lumen gentium, 1), se puede aplicar, en la debida medida, a las comunidades eclesiales a todos los niveles.

Por eso la Iglesia en Nicaragua tiene la gran responsabilidad de ser sacramento, es decir señal e instrumento de unidad en el País. Para ello debe ser ella misma, como comunidad, una verdadera unidad e imagen de la unidad.

A este respecto, hay que recordar que cuantos más fermentos de discordia y desunión, de ruptura y separación existen en un ambiente, tanto más la Iglesia debe ser ámbito

de unidad y cohesión. Pero lo será solamente si da testimonio de ser "cor unum et anima una" gracias a principios sobrenaturales de unidad, suficientemente energéticos y determinantes para vencer las fuerzas de división a las cuales ella también se encuentra sujeta.

Puesto que sois por vocación divina signos de unidad, ojalá logréis que no se dividan a causa de opuestas ideologías los cristianos de vuestro País, a quienes congrega "un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre", como ellos suelen cantar inspirándose en palabras del Apóstol Pablo. Y ojalá que unidos por la misma fe y rechazando todo lo que es contrario o destruye esa unidad, vuestros cristianos se encuentren acomodados en los ideales evangélicos de justicia, paz, solidaridad, comunión y participación, sin que los separen irremediamente opciones contingentes nacidas de sistemas, corrientes, partidos u organizaciones.

Crece, bajo este punto de vista, vuestra responsabilidad, pues en torno al Obispo debe tejerse concretamente la unidad de los fieles.

Conocéis la gran importancia de las cartas de San Ignacio de Antioquía, sea por la autoridad de quien las escribe —un discípulo del apóstol amado— sea por la antigüedad que hace de ellas el testimonio de un momento vital en la historia de la Iglesia, sea por la riqueza de su contenido doctrinal. Pues bien, con términos muy fuertes Ignacio demuestra en estas cartas, ciertamente para responder a las primeras dificultades en este campo, que no hay ni puede haber comunión válida y durable en la Iglesia sino en la unión de mente y corazón, de respeto y obediencia, de sentimientos y de acción con el Obispo. Lo de las cuerdas de la lira es una imagen hermosa y sugestiva de una realidad más profunda: el Obispo es como Jesucristo, hecho presente en medio de su Iglesia cual principio vivo y dinámico de unidad. Sin él esta unidad no existe o está falseada y por tanto, es inconsistente y efímera.

De ahí lo absurdo y peligroso que es imaginarse cómo al lado —por no decir en contra— de la Iglesia construida en torno al Obispo, otra Iglesia concebida como "carismática" y no institucional, "nueva" y no tradicional, alternativa y como se preconiza últimamente, una Iglesia popular.

No ignoro que a tal denominación —sinónimo de "Iglesia que nace del pueblo"— se puede atribuir una significación aceptable. Con ella se querrá señalar que la Iglesia surge cuando una comunidad de personas, especialmente de personas dispuestas por su pequeñez, humildad y pobreza a la aventura cristiana, se abre a la Buena Noticia de Jesucristo y comienza a vivirla en comunidad de fe, de amor, de esperanza, de oración, de celebración y participación en los misterios cristianos, especialmente en la Eucaristía.

Pero sabéis que el documento conclusivo de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla declaró "poco afortunado" este nombre de "Iglesia Popular" (cf. n. 263). Lo hizo, después de maduro estudio y reflexión entre Obispos de todo el Continente, porque era consciente de que este nombre encubre, en general, otra realidad.

"Iglesia Popular", en su acepción más común, visible en los escritos de cierta corriente teológica, significa una Iglesia que nace mucho más de supuestos valores de un estrato de población que de la libre y gratuita iniciativa de Dios. Significa una Iglesia que se agota en la autonomía de las llamadas bases, sin referencia a los legítimos Pastores o Maestros; o al menos, sobreponiendo los "derechos" de las primeras a la autoridad y a los carismas que la fe hace percibir en los segundos. Significa —ya que al término pueblo se da fácilmente un contenido marcadamente sociológico y político— Iglesia encarnada en las organizaciones populares, marcada por ideologías, puestas al servicio de sus reivindicaciones, de sus programas y grupos considerados como no pertenecientes al pueblo. Es fácil percibir —y lo indica explícitamente el documento de Puebla— que el concepto de "Iglesia Popular"

difícilmente escapa a la infiltración de connotaciones fuertemente ideológicas, en la línea de una cierta radicalización política, de la lucha de clases, de la aceptación de la violencia para la consecución de determinados fines, etc.

Cuando yo mismo en mi discurso de inauguración de la Asamblea de Puebla, hice serias reservas sobre la denominación "Iglesia que nace del pueblo", tenía en vista los peligros que acabo de recordar. Por ello, siento ahora el deber de repetir, valiéndome de vuestra voz, la misma advertencia pastoral, afectuosa y clara. Es una llamada a vuestros fieles por medio de vosotros.

Una "Iglesia Popular" opuesta a la Iglesia presidida por los legítimos Pastores es —desde el punto de vista de la enseñanza del Señor y de los Apóstoles en el Nuevo Testamento y también en la enseñanza antigua y reciente del Magisterio solemne de la Iglesia— una grave desviación de la voluntad y del plan de salvación de Jesucristo. Es además un principio de resquebrajamiento y ruptura de aquella unidad que El dejó como señal característica de la misma Iglesia y que El quiso confiar precisamente a los que "el Espíritu Santo estableció para regir la Iglesia de Dios" (He 20,20).

Os confío pues, amados Hermanos en el Episcopado, el encargo y tarea de hacer a vuestros fieles, con paciencia y firmeza, esa llamada de fundamental importancia.

Tenemos todos presente en el Espíritu el dramático concepto de mi Predecesor Pablo VI, cuando escribía en su memorable exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que los peligros más insidiosos y los ataques más mortíferos para la Iglesia no son los que vienen desde fuera —estos sólo pueden afianzarla en su misión y en su labor— sino los que vienen desde dentro.

Traten pues todos los hijos de la Iglesia, en este momento histórico para Nicaragua y para la Iglesia en este País de contribuir a mantener sólida la comunión en torno a sus Pastores, evitando cualquier germen de fractura o división.

Llegue sobre todo tal llamada a la conciencia de los Presbíteros, sean oriundos del País, misioneros que desde hace años consagran sus vidas al ministerio pastoral en esa Nación o voluntarios deseosos de dar su contribución a los hermanos nicaraguenses, en una hora de suma trascendencia. Sepan que si quieren de veras servir al pueblo como sacerdotes, este pueblo hambriento y sediento de Dios y lleno de amor a la Iglesia espera de ellos el anuncio del Evangelio, la proclamación de la paternidad de Dios, la dispensación de los misterios sacramentales de la salvación. No es con un papel político, sino con el ministerio sacerdotal con el que el pueblo los quiere tener cercanos.

Llegue tal llamada a la conciencia de los religiosos, nativos o venidos del exterior. La gente de este País los quiere ver unidos a los Obispos en una inquebrantable comunión eclesial, portadores de un mensaje no paralelo, menos aún contrapuesto, sino armónico y coherente con el de los legítimos Pastores.

Llegue tal llamada a cuantos se encuentran por algún título al servicio sincero de la misión de la Iglesia, especialmente si están en puestos de particular responsabilidad como en la Universidad, los Centros de estudio e investigación, los medios de comunicación social, etc. Ofrezcan su disponibilidad a servir en conformidad con la disposición igualmente generosa y decidida de sus Obispos y de la grandísima porción del pueblo que, con los Obispos, quieren el bien del País, inspirándose en las orientaciones de la Iglesia.

Os exhorto en fin, queridos Hermanos, a proseguir aún en medio a no leves dificultades, en vuestra labor incansable para asegurar la presencia activa de la Iglesia en este momento histórico que vive el País.

Bajo vuestra dirección de solícitos Pastores, ojalá que los fieles católicos de Nicaragua den constantemente un claro y convincente testimonio de amor y capacidad de servicio a su País, no menor ni menos eficaz que el de los demás. Un

testimonio de clarividencia frente a los hechos y situaciones. De plena disponibilidad a servir la auténtica causa del pueblo. De valentía en proponer, en cada situación, el pensamiento y orientaciones —lo que muchas veces he llamado el camino— de la Iglesia, aun cuando éstos no estén en concordancia con otros caminos propuestos.

Deseo, espero y os pido que hagáis todo lo posible para que en vosotros y en vuestras gentes la fidelidad a Cristo y a

la Iglesia, lejos de disminuirla, confirme y enriquezca la lealtad hacia la Patria terrena.

Con esta oportunidad me complazco en daros fraternalmente, en prenda de abundantes gracias divinas para vuestras personas y vuestro ministerio, mi cordial Bendición Apostólica, que extendiendo a todos vuestro fieles.

Vaticano, 29 de junio de 1982

2. REFLEXION TEOLOGICA

1. La Iglesia no es el templo en que nos reunimos. La Iglesia es la Reunión o Asamblea, la Comunidad, la Familia o Pueblo de Dios llamado por el Padre reunido por Jesucristo para seguir su vida y cumplir su misión, guiado por su Espíritu.

Formamos la Iglesia los bautizados en Jesús que creemos en él como Señor y Salvador, principio de la unidad y de la paz. La Iglesia no es sólo el Papa, los Obispos, los Sacerdotes, las Religiosas. La Iglesia no es sólo las comunidades cristianas. La Iglesia somos todos los bautizados. Todos en la Iglesia somos hermanos, iguales con la misma dignidad de hijos de Dios, aunque no todos tenemos las mismas funciones y responsabilidades.

LA IGLESIA GOZA Y SUFRE EN LA HISTORIA

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia". (Concilio Vaticano II, G.S. 1).

EL PAPA Y LOS OBISPOS, ANILLO VISIBLE DE UNION EN CRISTO

2. La Iglesia es universal porque es el Pueblo de Dios extendido por el mundo. En cada país el Pueblo de Dios forma la Iglesia particular o local (Iglesia de Nicaragua, Iglesia de Brasil, Iglesia de Honduras...) En cada Iglesia particular hay varias Diócesis, y en cada Diócesis todas las comunidades cristianas se unen en torno al Obispo. Los Obispos de la Iglesia en un país forman una Conferencia Episcopal. Y todos los Obispos del mundo, unidos en torno al Papa, forman el Colegio Episcopal de la Iglesia universal.

El Papa y los Obispos presiden, enseñan y orientan la Iglesia como Pastores delegados del Buen Pastor, Jesucristo. El Papa y los Obispos presiden, enseñan y orientan a la Iglesia "en nombre de Cristo" o "en la persona de Cristo". Esto significa que el Papa y los Obispos están profundamente, ("sacramentalmente"), vinculados a Cristo, autorizados y obligados a ser fieles a Cristo ejerciendo su función de Pastores y Maestros con el Espíritu de Cristo, como servicio de amor que llegue hasta el sacrificio para que todos tengamos vida en el Espíritu de Jesús (Juan 10,10).

El centro de la Iglesia universal, y de cada Iglesia particular o local, es Jesucristo. El Papa y los Obispos unidos a Cristo son el anillo visible en torno al cual todos nos unimos

como Iglesia del Señor Jesús, dejando ver al mundo su Cuerpo de miembros unidos por su Espíritu de amor, justicia y paz. Jesús y su espíritu son el centro y el principio de la vida y de la unión de toda la Iglesia, ovejas y pastores. San Agustín lo expresó al decir: "yo soy cristiano con vosotros y soy obispo para vosotros".

LA IGLESIA DE LOS POBRES

"La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres... es decir, quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en esta primera: 'Bienaventurados los pobres de espíritu'. Quiere enseñar esa verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a hacer y enseñar". (Juan Pablo II. Discurso pronunciado en Río de Janeiro, Brasil)

MISION DE LA IGLESIA: JESUS ES EL PROTAGONISTA

3. La Misión de la Iglesia en el mundo es la misma Misión de Jesús: Proclamar a Dios como Padre de todos; mostrar su amor con signos de liberación integral y promesas de salvación definitiva; unir a los hijos de Dios como hermanos; anunciar y construir así el Reino de Dios, Reino de verdad, de vida, de justicia y de amor. El Señor, presente en su Iglesia, sigue siendo el protagonista de la Misión. Y todos los que formamos la Iglesia somos corresponsables, como instrumento del Espíritu del Señor, con los papeles, responsabilidades y carismas que tenemos en la Iglesia.

Para que todos los que formamos la Iglesia sigamos a Jesús y con su Espíritu cumplamos entre todos su Misión, el Papa y los Obispos han de ejercer su función de servicio a la unidad en Cristo con aquella lógica del precursor de Cristo, Juan Bautista: "Alguien hay detrás de mí, de quien no soy digno de desatar su sandalia. Conviene que El crezca y que yo disminuya". (Juan 1,27; 3,30).

LLAMADO DEL PAPA A LA UNIDAD

4. El Papa nos invita en su carta a buscar la unidad de nuestra Iglesia. Esta unidad es tarea de todos, Obispos y todo el Pueblo de Dios, y debe construirse sobre Cristo y su Palabra, con su Espíritu, con su amor. No es sólo una unidad externa, de doctrina y fórmulas. Es unidad de hermanos en el amor de Cristo.

UNIDAD EN TORNO A LOS OBISPOS

5. La Iglesia es jerárquica e institucional, y en torno a los Obispos centrados en Cristo debe construirse la unidad visible entre todos los fieles como signo e instrumento de unidad para el país. Es lo que nos pide el Papa.

Por eso el Papa pide primero a los Obispos que ellos entre sí den ejemplo de unidad a toda la Iglesia en el país. Su responsabilidad como Pastores es todavía mayor que la de los demás católicos. Ellos son los primeros que deben buscar la unidad siguiendo a Jesús. Jesucristo es la fuente de su unión y de la unidad de toda la Iglesia.

EN COMUNION CON DIOS EN JESUCRISTO

"Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre". (Obispos Latinoamericanos en Puebla, 273)

LOS OBISPOS NOS UNEN EN CRISTO

6. El Papa dice a los Obispos que si no se uniesen "en Cristo y en su Iglesia", su predicación y su apostolado perderían crédito. El Papa advierte así a los Obispos que no bastaría el hecho de ser Obispos para que su palabra alumbrase a la Iglesia. Su palabra alumbrará a la Iglesia solamente si brota del ejemplo de Cristo que dijo: "El Espíritu de Dios me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lucas 4,18). Como Cristo y sus Apóstoles, toda la Iglesia, Obispos y fieles, estamos ungidos y unidos por él mismo en torno a esa misión.

EJEMPLO DEL OBISPO SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA

7. Recuerda el Papa a los Obispos el ejemplo y la doctrina de San Ignacio de Antioquía. San Ignacio de Antioquía era un Obispo humilde, que, aún entre cadenas y camino al martirio, se consideraba un mero principiante en las cosas de Cristo. Aunque era Obispo, no usaba la fuerza ni la dureza con la Comunidad. A los cristianos de Roma les decía: "No vengo yo a darles órdenes como Pedro y Pablo. Eran Apóstoles, yo no soy sino un condenado a muerte" (Romanos IV,3). Porque San Ignacio llevaba el dolor de Cristo en sus miembros, las comunidades le obedecían gustosas y le servían y lo querían mucho. San Ignacio de Antioquía fue un Obispo que apasionadamente siguió a Jesús y supo crear esa unidad que se basa en la fidelidad a su mensaje.

LA AUTORIDAD NO ES PODER ARBITRARIO

"Este carácter paternal no hace olvidar que los pastores están dentro de la familia de Dios a su servicio. Son hermanos, llamados a servir la vida que el Espíritu libremente suscita en los demás hermanos. Vida que es deber de los pastores respetar, acoger, orientar y promover, aunque haya nacido independientemente de sus propias iniciativas. De ahí el cuidado necesario para 'no extinguir el Espíritu ni tener en poco la profecía' (1 Tes. 5,19). Los pastores viven para los otros. 'Para que tengan vida y la tengan en abundancia' (Jn 10,10). La tarea de unidad no significa ejercicio de un poder arbitrario. Autoridad es servicio a la vida. Ese servicio de los pastores incluye el derecho y el deber de corregir y decidir, con la claridad y firmeza que sean necesarias". (Obispos Latinoamericanos en Puebla, 249)

PRINCIPIOS SOBRENATURALES DE LA UNIDAD

8. El Papa nos indica el origen de la unidad entre los creyentes: los principios sobrenaturales, que el Papa expresa con frase de San Pablo diciendo que todos tenemos "un solo

Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre", lo que nos permite y nos pide tener "un solo corazón y una sola alma".

LA UNIDAD SE CONSTRUYE SOBRE EL EVANGELIO

9. El Papa Juan Pablo II quiere que nuestra Iglesia sea fermento de unidad y amor de nuestra sociedad. Desea que unidos por la misma fe, nos unamos en los ideales evangélicos de justicia, paz, solidaridad, comunión y participación, valores que practicó y anunció Jesús. Monseñor Romero, Obispo humilde y que dió su sangre como San Ignacio de Antioquía, nos enseña qué la unidad que es fermento de fraternidad se alcanza siguiendo fielmente a Jesús. A sus católicos les decía: "Por parte de nuestra Arquidiócesis estamos dispuestos a seguir haciendo vida pastoral la orientación que Puebla ofrece como camino auténtico de esa unidad: la opción preferencial por los pobres. Esta es la exigencia del Evangelio y la unidad sólo es auténtica cuando se construye sobre base evangélica" ("Misión de la Iglesia en medio de la Crisis del país", 25).

DIALOGO CON LAS COMUNIDADES

"Recordamos y asumimos las sabias palabras del Papa Pablo VI: 'A las comunidades cristianas les toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se consideran de urgente necesidad en cada caso.' (Oc. Ad, n. 4). Por ello esta carta pastoral es también un llamamiento a continuar el diálogo con las comunidades cristianas y una petición a que ellas, que están inmediatamente insertas en nuestra realidad, sepan encontrar el verdadero espíritu 'para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino' (Puebla, n.274). Sabemos también que lo nuestro no es ofrecer 'oro y plata' (Hech. 3,6), no proponer soluciones políticas o económicas, sino proclamar la Buena Nueva". (Carta Pastoral de los Obispos de Nicaragua del 17-XI-1979)

LA IGLESIA POPULAR

10. El Papa nos recuerda que la institución, el Obispo y la Tradición son indispensables para que la unidad se dé dentro de la verdadera Iglesia de Cristo. El Papa nos pide que evitemos el nombre de "Iglesia Popular" porque se presta a confusiones doctrinales. El Papa advierte que este nombre podría tener dos significados, uno aceptable y otro inaceptable.

El significado aceptable es que la Iglesia surge cuando una comunidad de personas, sobre todo si son pequeños, humildes, pobres y dispuestos a la aventura cristiana, se abre a la Buena Noticia y celebra y practica la fe en Jesús, en comunión con los Obispos.

El significado inaceptable se daría cuando algún grupo rechazara la comunión de fe con los Obispos y pretendiera crear otra Iglesia suplantando la iniciativa de la Gracia de Dios y la unión de fe a los legítimos Pastores.

Evitemos todos el significado inaceptable y hasta el nombre de "Iglesia Popular". Evitemos también llamar con ese nombre a las comunidades cristianas que son parte de nuestra Iglesia en las diversas Diócesis.

Entre la comunidad cristiana y el Obispo pueden darse algunas diferencias, tensiones y conflictos sin romper la comunión de fe, sin dejar de ser Iglesia institucional; pero en esos casos debe haber diálogo, aprecio y respeto, buscando mantener y mostrar la comunión de fe, como entre hermanos que siguen siendo hermanos aunque tengan diferencias en cosas que no rompen la hermandad.

COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE: ALEGRIA Y ESPERANZA PARA LA IGLESIA

"Las Comunidades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y de esperanza para la Iglesia. En comunión con el Obispo y como lo pedía Medellín, se han convertido en focos de Evangelización y en motores de liberación y desarrollo".

"Se comprueba que las pequeñas comunidades, sobre todo las Comunidades Eclesiales de Base crean mayor interrelación personal, aceptación de la Palabra de Dios, revisión de vida y reflexión sobre la realidad a la luz del Evangelio; se acentúa el compromiso con la familia, con el trabajo, el barrio y la comunidad local. Señalamos con alegría, como importante hecho, eclesial particularmente nuestro y como 'esperanza de la Iglesia' (EN 58), la multiplicación de pequeñas comunidades". (Obispos Latinoamericanos en Puebla, 96 y 629)

JESÚS REZO POR LA UNIDAD

11. Jesús rezó por la unidad, intensamente, la víspera de ser traicionado y asesinado: "Que todos, Padre, sean uno como tú y yo somos uno. Que ellos sean uno como nosotros, para que el mundo crea" (Juan 17,21). Al rezar por la unidad, Jesús nos revela que la unidad es difícil, que nosotros sólo no podemos conseguirla. Que la unidad, además de ser una tarea nuestra, es un don de Dios. Debemos trabajar esforzadamente por la unidad todos —Obispos y Fieles— y pedirle al Señor que él supla nuestras fallas: "Si el Señor no construye la Casa en vano trabajan los albañiles"...

JESUS DIJO QUE ESA UNIDAD PASA POR EL CONFLICTO

12. El mismo Jesús que rezó por la unidad y la deseó a los suyos, nos dijo también que él venía a ser causa de división, incluso dentro de los de una misma familia (Lucas 12,51-53). Con sus palabras y con su modo de actuar Jesús fue, al mismo tiempo, causa de unidad y ocasión de división. En su familia, entre la gente que le seguía. Esto atraviesa todo el Evangelio, y nos dice que la unidad que Jesús quiere pasar por el conflicto. Que no se trata de una apariencia de unidad, de una armonía falsa, de buenos sentimientos y deseos fáciles, de una unidad que se impone desde fuera. La unidad cristiana ha de superar conflictos y pruebas de división. La unidad cristiana es conflictiva porque exige a todos conversiones, renunciaciones y reconciliaciones difíciles.

EL BUEN PASTOR

13. Jesús es el Buen Pastor. Y nos enseñó, con palabras y con prácticas, cómo es el buen pastor: es el que "conoce" con amor a sus ovejas. Conoce, aprecia y busca a cada una por su nombre. No espera que las ovejas le busquen; va él a buscarlas, y se apura en buscar primero las más alejadas, las perdidas. Es así como el buen pastor congrega "un solo rebaño, bajo un solo pastor", así se hace la unidad (Juan 10,1-18). Jesús lo practicó y lo encomendó a Pedro y los Apóstoles, y ahora lo tiene encomendado al Papa y los Obispos como legítimos Pastores.

EN LA CRUZ DE JESUS DIOS NOS CONVOCA A LA UNIDAD

14. Jesús, el Buen Pastor, fue asesinado en la cruz por los que no querían la unidad y hermandad de todos los hombres que Jesús predicaba. Jesús dio su vida por esa unidad. Nos llamó a la unidad con su sangre desde la cruz, el signo

cristiano que muestra lo conflictiva y difícil que es la unidad cristiana: Unidad de hermanos en Cristo crucificado que exige unirnos hoy como Iglesia de Jesús en torno a los crucificados, esos de quienes Puebla dice que deberíamos reconocer en ellos "los rasgos sufrientes de Cristo": niños, jóvenes, indígenas, campesinos, obreros, subempleados y desempleados, marginados y hacinados urbanos y ancianos que sufren la situación de extrema pobreza en nuestros pueblos de América Latina. (Puebla 31-39).

NO SOLO LA JERARQUÍA

"Cristo... cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituyé en testigos y los dota en el sentido de la fe y de la gracia de la palabra". (Concilio Vaticano II, L.G., 35)

CRISTO RESUCITADO ES SEÑOR DE LA UNIDAD

15. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, y al hacerlo nos puso al Señor Resucitado como señal segura de unidad y de paz, como esperanza y promesa de unidad. Lo acreditó como Señor. Y nos dio su Espíritu para que lo confesemos como camino de unidad y lo sigamos, incluso hasta dar la vida por los demás. Es el Espíritu de Jesús crucificado y resucitado el que nos mueve y sostiene en esta ardua tarea de construir la unidad de todos, la unidad de los que aún no estamos unidos, a pesar de los conflictos.

MIENTRAS MAS ALTO, MAS SERVIDOR

"Si tienes muchos conocimientos y estás colocado en lo alto de la jerarquía social, no debes olvidarte, ni siquiera por un segundo de que, cuanto más alto esté alguien, más debe servir!". (Juan Pablo II. Discurso pronunciado en Río de Janeiro, Brasil)

EL ESPIRITU DEL SEÑOR, PRINCIPIO DE UNIDAD EN LA IGLESIA

16. El Espíritu del Señor es el principio vivo de unidad en la Iglesia. Este Espíritu mueve y llama a todos los miembros de la Iglesia a jugar cada uno su papel en la tarea común de crear la unidad de hermanos y a expresarla como fruto del amor de Jesús muerto y resucitado. El papel de cada uno en esta tarea eclesial es según la función y los carismas de los diversos miembros de la Iglesia. Ahí se hace central el papel y la responsabilidad de los Pastores según la encomienda de Jesús.

LOS FIELES DEBEN HABLAR

"Los laicos... tienen la facultad, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia". (Concilio Vaticano II, L.G. 37)

LA UNIDAD ES UN LARGO PROCESO

17. En las páginas del Evangelio se ve cómo los discípulos de Jesús viven un proceso de maduración en su fe. Les cuesta entender que la autoridad sea servicio (Lucas 22,24-27); que haya que perdonar setenta veces siete, es decir, siempre (Mateo 18,21-22); que la intolerancia no la quiere Dios, que todos somos pecadores, que nadie debe juzgar ni condenar,

que el fariseo es el que no puede tener perdón. A pesar de eso, y aunque después de la resurrección de Jesús aún no entienden bien el mensaje, ni están en todo unidos y tendrán dudas y disputas, Jesús les confía el que sean mensajeros, testigos, instrumentos en su Espíritu.

Desde los primeros orígenes de nuestra fe, se nos dice que la conversión, la madurez y la unidad cristiana son fruto de un proceso que no terminará hasta llegar a la plenitud del Reino, más allá de la muerte. El que los fieles cristianos perciban en los Obispos el carisma de la autoridad y sepan unir obediencia y libertad en la fe, requiere un proceso de maduración. El que los Obispos vivan siempre su autoridad como servicio y perciban los carismas de los fieles en una situación como la que hoy vivimos en Nicaragua, requiere un proceso. Todos los que formamos la Iglesia somos pecadores, llenos de limitaciones, inclusive arrastramos limitaciones y defectos de las que jamás en esta vida nos liberaremos. Y a pesar de eso Jesús nos ama y nos da confianza. Es en la voluntad renovada de ser fieles, y en la penitencia o conversión de nuestros pecados, donde probamos nuestra fe y el deseo de dejar de ser pecadores para seguir mejor a Jesús. O como nos dijeron nuestros Obispos, "es actuando como cristianos como nosotros hacemos cristianos" (Carta Pastoral, 17-XI-1979).

LA UNIDAD PLENA ES DON DE DIOS EN SU REINO

18. Por la condición pecadora y limitada de todos nosotros —fieles y Obispos— siempre queda algo de unidad pendiente, no construida, no alcanzada. Queda para el futuro como objeto de esperanza, de oración y de búsqueda. La unidad perfecta y plena sólo llegará, como don, cuando Dios sea todo en todos, en su Reino. Si tenemos fe viva y esperanza podemos afirmar ya ahora que nos unirá definitivamente el Dios que viene. Esto forma parte de la unidad que se construye por creyentes pecadores, hay una "reserva" de unidad que el Señor nos tiene guardada.

SIEMPRE HUBO CONFLICTOS

19. En la Iglesia de todos los tiempos ha existido el conflicto entre instituciones y carismas, entre personas y estructuras, entre leyes y vida, entre lo viejo y lo nuevo. Cuando hace cienos de años, Francisco de Asís empezó a crear la comunidad de los franciscanos, entró en conflicto con otras formas de vivir el cristianismo, que eran las más frecuentes. Llegó a discutir con el Papa sobre esto. Igual pasó con Santa Teresa, a quien los obispos y sacerdotes de su tiempo acusaron de ser una endemoniada y una rebelde... Esta tensión entre algunos más tradicionales y otros que avanzan más es constante en la historia de la Iglesia, y no es mala. Si se conserva la unidad de fe, esta tensión se convierte en un bien y sirve para que la Iglesia avance hacia lo que Dios quiere.

El desafío es éste: conservar la unidad de fe y el amor a la diversidad. Lo más fácil sería llamar a unos "malos" y a otros "buenos". Pero esto no es lo más cristiano.

¿CUAL ES EL TRIGO, CUAL LA CIZAÑA?

20. En el Evangelio Jesús nos previene contra esa impaciencia de querer nosotros distinguir el "trigo" de la "cizaña", que siempre crecen juntos y mezclados en el mismo tiempo. Sólo Dios sabe quién es quién. Todos nosotros tenemos algo de "trigo" y algo de "cizaña", algo de "bueno" y algo de "malo". Sólo Dios es bueno (y hasta Jesús lo dijo: Lucas 18,18). Esta parábola es una llamada de Jesús a la tolerancia como ejercicio de amor y de esperanza. Una llamada a la paciencia, a saber esperar, al discernimiento sereno y a no juzgar ni condenar. Hacer la unidad requiere de estas virtudes.

Pero la búsqueda de la unidad no debe hacernos frenar o aplazar nuestros compromisos o responsabilidades en la vida. Podríamos morirnos sin hacer nada por temor a

hacer algo contra una unidad aparente, superficial y falsa. Dejar de hacer lo "bueno" que debemos hacer por temor a hacer también algo "malo" nos llevaría a una sorpresa: al final, Dios —que sí sabe distinguir el "trigo" de la "cizaña"— no nos pedirá cuentas sólo del "mal" que hicimos sino también del "bien" que dejamos de hacer.

UNIDAD Y PLURALISMO EN LA IGLESIA

21. La unidad en la Iglesia ha de ser unidad en lo que es único e indiscutible para todos. Es unidad en la fe (con todo lo que la fe exige). Pero en todo aquello que en esta vida es y debe ser variado, variable y discutible, porque Dios lo ha hecho así, en la Iglesia ha de haber variedad y pluralismo. Jesús y el Papa no nos llaman a unírnos en torno a los Obispos para tener todos el mismo gusto, preferente por un color, una comida, una bebida o una ideología.

Hay que distinguir bien lo que ha de ser objeto de unidad sin fisuras (lo indiscutible, la fe, lo que es una opción absoluta y permanente de todos los cristianos), de lo que ha de ser plural por ser discutible, y objeto de opciones relativas, parciales, complementarias y variables (los gustos, aficiones, tendencias, ideologías y opciones políticas que sean compatibles con la fe).

LUCHA DE CLASES Y ODIOS DE CLASES

"En cuanto a la lucha de clases sociales, pensamos que una cosa es el hecho dinámico de la lucha de clases, que debe llevar a una justa transformación de las estructuras, y otra el odio de clases que se dirige contra las personas y contradice radicalmente el deber cristiano de regirse por el amor". (Carta Pastoral de los Obispos de Nicaragua)

FE E IDEOLOGIAS

22. La fe es una pero las ideologías son muchas y diversas, y pueden nacer nuevas ideologías. Puede haber ideologías totalmente compatibles con la fe, ideologías sólo parcialmente compatibles con la fe e ideologías totalmente incompatibles con la fe. Algunos cristianos oyen la palabra "ideología" y les suena como algo contrapuesto a la fe, creen que la ideología es en sí mismo algo malo, inadmisibles, que todas las ideologías son diabólicas y no saben lo que es la ideología. Esta palabra ha sido "satanizada". Pero "satanizar" la ideología no es más que otra ideología...

En su sentido más sencillo y válido, las ideologías son los diversos modos humanos de mirar, entender y vivir la vida, el mundo, la sociedad; modos humanos más o menos completos, científicos y conscientes. Una ideología es como unos anteojos que necesitamos y traemos puestos para ver la vida. Las ideologías son necesarias. Todos tenemos una u otra ideología (o una mezcla). No se puede vivir en este mundo sin ideología. Y los creyentes, los cristianos, los católicos no podemos suplir la ideología con la fe, son dos cosas muy diferentes y las dos necesarias. Por eso no debemos confundirlas ni fundirlas. La fe debe juzgar a nuestra ideología e inspirarle valores. No se debe hacer de la ideología una fe. La fe es absoluta, la ideología es relativa. El que absolutiza la ideología hace de ella un sustituto de la fe, un sustitutivo de Dios, un ídolo, diviniza e idolatra su ideología. Pero el que pretende vivir en este mundo sólo con la fe y sin ninguna ideología, se engaña y hace de la fe una ideología.

Es importante saber que en este mundo nuestra conducta tiene que ver con una u otra ideología aunque lo neguemos y aunque lo ignoremos. De hecho, nadie vive sin ideología, sea ateo, creyente, laico, monja, sacerdote, obispo o Papa. Y entre Obispos sucedió que en la Conferencia de Puebla, en una sesión plenaria hubo Obispos que acusaron a una tendencia pastoral de ser sospechosa de ideología, de

oler a ideología, y el obispo Schmitz de Lima (Perú) intervino y dijo: "que tire la primera piedra el que esté libre de ideologías". Nadie tiró piedras. Hubo fuertes aplausos, aunque el reglamento pedía no aplaudir.

El Papa nos llama a la unidad en torno a los Obispos en la fe. No nos llama a unirnos en torno a las ideologías o visiones humanas de los Obispos. Debe haber un sano pluralismo entre las diversas ideologías compatibles con el Evangelio, con la fe en Jesucristo. También los Obispos, aún cuando mantengan entre sí la esencial comunión en la fe y en el Ministerio Pastoral y la esencial unidad en Cristo y en la Iglesia, tienen entre ellos diferentes ideologías; legítimamente.

Pero todos debemos someter nuestra ideología a la prueba del Evangelio y adoptar la ideología que sea más permeable por la inspiración de los valores evangélicos.

UNA MISMA FE Y COMPROMISOS DIFERENTES

"En las situaciones concretas, y habida cuenta de las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes. La Iglesia invita a todos los cristianos a la doble tarea de animar y renovar el mundo con el espíritu cristiano, a fin de perfeccionar las estructuras y acomodarlas mejor a las verdaderas necesidades actuales. A los cristianos que a primera vista parecen oponerse partiendo de opciones diversas, pide la Iglesia un esfuerzo de recíproca comprensión benévola de las posiciones y de los motivos de los demás; un examen leal de su comportamiento y de su rectitud sugerirá a cada cual una actitud de caridad más profunda que, aun reconociendo las diferencias, les permitirá confiar en las posibilidades de convergencia y de unidad. 'Lo que une, en efecto, a los fieles es más fuerte que lo que los separa'". (Pablo VI, Octogésima Adviniens, 50)

EL DERECHO A LA OPCION POLITICA Y A LA ORGANIZACION

23. El Magisterio de la Iglesia pide a los laicos católicos que asuman ellos la participación política. Que opten con libertad, responsabilidad e iniciativa propia entre los diversos espacios de militancia política para construir una sociedad mejor. En esto los laicos deben ser libres y autónomos, no dependen de los sacerdotes ni de los obispos. En esa libertad y autonomía, los laicos tienen la responsabilidad de ser fieles a Jesucristo y su Evangelio, y fieles a la unidad de fe en la Iglesia, que es en lo que debemos estar unidos.

En esa libertad responsable de opción y militancia política, el Magisterio reconoce a los laicos católicos derecho y libertad para organizarse como ciudadanos y para participar en las organizaciones populares (siempre motivados y juzgados por la fe, como cristianos). Pero no es la Iglesia, no es la

LOS OBISPOS Y LOS FIELES

"Por su parte, los sagrados Pastores reconozcan y promuevan la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Recurran gustosamente a su prudente consejo, encomiéndenles con confianza cargos en servicio de la Iglesia y denles libertad y oportunidad para actuar; más aún, animenles incluso a emprender obras por propia iniciativa. Consideren atentamente ante Cristo, con paterno amor, las iniciativas, los ruegos y los deseos provenientes de los laicos". (Concilio Vaticano II, L.G., 87)

Diócesis, no es la Comunidad cristiana quienes allí se hacen presentes y militan, son los católicos en cuanto ciudadanos.

EL UNICO CAMINO DE LA IGLESIA

24. A los diversos caminos y sistemas de organización social y política, la Iglesia no ofrece como alternativa un camino o sistema sociopolítico propio. El camino de la Iglesia no es una única ideología propia o un sistema social y político propio. El camino de la Iglesia es la práctica de Jesús y su Espíritu como camino y fuerza de vida para los cristianos y el Evangelio de Jesús como fermento e inspiración de valores a la vez humanos y trascendentes para todo camino, ideología o sistema político hacia el anuncio y la construcción del Reino de Dios en todas las sociedades.

LOS FIELES DEBEN TENER INICIATIVA

"Dirigimos nuevamente a todos los cristianos, de manera apremiante, un llamamiento a la acción. En nuestra encíclica sobre el desarrollo de los pueblos insistíamos para que todos se pusieran a la obra: 'Los seglares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo; pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida'. Que cada cual se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debe hacer todavía. No basta recordar principios generales, manifestar propósitos, condenar las injusticias graves, preferir denuncias con cierta audacia profética; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada hombre por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva". (Pablo VI, Octogésima Adviniens, 48)

UNIDOS PARA SERVIR AL PUEBLO

25. En definitiva, el Papa nos pide unirnos más todos a Jesucristo en torno a los Obispos para vivir, celebrar y anunciar su Evangelio como testigos del Reino y sus valores en el proceso de cambio que vive nuestro pueblo. Para hacer así presente y activa la Iglesia al servicio de la causa auténtica de nuestro pueblo en estos momentos históricos que vivimos.

LA IGLESIA AGRADECE LA AYUDA DE LOS QUE A ELLA SE OPONEN

"La Iglesia reconoce, agradecida que, tanto en el conjunto de su comunidad como en cada uno de sus hijos, recibe ayuda variada de parte de los hombres de toda clase o condición. Porque todo el que promueve la comunidad humana en el orden de la familia, de la cultura, de la vida económico-social, de la vida política, así nacional como internacional, proporciona no pequeña ayuda, según el plan divino, también a la comunidad eclesial, ya que ésta depende asimismo de las realidades externas. Más aún, la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios". (Concilio Vaticano II, G.S., 44)

3. CARTA AL PAPA

Managua, 15 agosto de 1982

FIESTA DE LA ASUNCION DE MARIA

Santo Padre:

Muchos católicos de Nicaragua hemos tenido oportunidad de leer su carta del 29 de junio y estamos poniendo empeño en reflexionar sobre todo lo que en ella dice a nuestros obispos, y a través de ellos, a todos nosotros.

Desde Nicaragua, donde hemos nacido, donde trabajamos, donde vivimos, le queremos agradecer esta carta y expresarle nuestro cariño.

Como cristianos, en nuestras comunidades, estamos aprendiendo también a discernir las "señales del cielo", como dice Jesús en el evangelio; los "signos de los tiempos" de los que nos habló el Papa Juan. En su carta hemos visto una de estas señales y a través de ella vemos más: una llamada de Dios a la unidad de esta Iglesia para que unidos podamos —como usted nos dice— servir mejor a nuestro pueblo.

Queremos trabajar por esa unidad y, a pesar de que tenemos muchas fallas y limitaciones, estamos haciendo esfuerzos para no dispersarnos en este momento tan importante para Nicaragua. La situación en la que estamos es muy difícil, Santo Padre. Si sólo fuera la desunión en la Iglesia... Pero son tantas cosas, ¡y todas a la vez!

Somos un pueblo en que la mayoría es pobre. Tenemos hambre de Dios y también tenemos hambre de pan —o de tortilla, que es lo que aquí comemos—. Nuestro gobierno está haciendo grandes esfuerzos para que nuestra economía vaya desarrollándose, para llevar a todos alguna mejora en su vida —en la salud, en la educación, en la organización...— Trabajamos duro para levantarnos entre todos de ese empobrecimiento al que nos sometió la dictadura de Somoza. Pero el camino para conseguir la meta es largo, es difícil, es "estrecho", como diría Jesús. Todavía falta tanto por hacer... Estamos haciéndolo todos los días y para reconstruir esta patria destrozada necesitamos los brazos de todos. También en esto precisamos de unidad. Y no la hay. Ya sabe usted que a los que tienen más, a los que siempre han tenido, les cuesta mucho compartir sus bienes con los demás y ser generosos. Ya sabe usted que la economía de los países pequeños como el nuestro está aún muy en manos de los países poderosos. En el caso nuestro, de los Estados Unidos. El gobierno de este país dificulta de muchas maneras nuestro crecimiento económico. Miran sólo por sus intereses y se burlan de los intereses de nuestros pueblos.

Ese es un problema. Pero de unos meses acá lo que más nos hace sufrir son las agresiones armadas con las que nos están atacando, las amenazas con que a diario nos quieren asustar para que vuelva el pasado. Creemos, Santo Padre, que usted que tanto se interesa por la paz y tanto reza en sus discursos por la paz del mundo, debe de estar bien preocupado por lo que pasa aquí, en Centroamérica.

Por los aires vienen aviones a espiar nuestro territorio, a provocar, faltando el respeto a nuestra soberanía. Por el mar nos montan vigilancia y también nos atacan. Y, sobre todo, por la frontera de nuestro país vecino, Honduras, están continuamente hostigándonos. El ejército norteamericano está entrenando y armando con armas terribles, al ejército hondureño. Quieren echar a pelear a dos países hermanos para sacar ellos provecho. Ellos quieren la guerra, quieren acabar con nuestro proyecto revolucionario. Lo dicen sin sentir ninguna vergüenza. Ellos están dando armas y armas a los ejércitos que no respetan la vida y eso se sabe en todo el mundo. Y cuando en nuestro país buscamos armas para defendernos, nos acusan de ser provocadores y dicen que so-

mos un peligro para la paz. Sentimos en esas palabras de los gobernantes de los Estados Unidos toda aquella hipocresía que Jesús condenó en las autoridades de su tiempo.

A nuestra patria, que apenas comienza ahora a levantarse de un atraso de siglos, que empieza a caminar poco a poco hacia su liberación cultural, económica, política, no podemos reconstruirla en paz. No quieren que seamos nosotros mismos, que seamos libres. Pero nosotros estamos decididos a serlo.

Usted, que tanto amor siente por Polonia, su patria, sabrá comprendernos. Usted, mejor que nadie, se imaginará lo que sentimos nosotros cuando cada día nos despertamos con una nueva acusación falsa contra nuestro gobierno, con una amenaza, con nuevos muertos en nuestra frontera.

Ya han caído muchos de nuestros hermanos, defendiéndonos a todos. Muchos murieron en combate, luchando contra los guardias que nos invaden por la frontera norte.

Otros han sido capturados, torturados. A algunos les cortaron las manos, hace poco, en un pueblo bien pobre que se llama San Francisco del Norte. A otros, por la Costa; los torturaron hace unos meses, diciendo que se lo hacían en nombre de Dios. Hasta ahí llegan... Sabemos que estos hermanos que dieron su vida por todos nosotros están vivos. Creemos que también en ellos, como en Jesús muerto y resucitado, Dios nuestro Padre se revela como el Dios de la vida. Pero no queremos que mueran ya más hermanos. No queremos vernos obligados a gastar tanto dinero y tanta gente en defendernos de estas invasiones y de las que tememos que vengan después. Pero, ¿qué hacemos si no nos dejan vivir en paz? Usted, que nació en un país tantas veces invadido, puede comprendernos bien.

Otra cuestión que mucho nos preocupa es la situación de nuestros hermanos en otros países de Centroamérica. Como aquí en Nicaragua nos costó mucha sangre el llegar a ser libres, comprendemos bien el sufrimiento de nuestros hermanos salvadoreños, de nuestros hermanos guatemaltecos. Vivimos pendientes de lo que allí pasa, queremos a esos pueblos, a esas iglesias. Sabemos que cuando un miembro sufre, todo el cuerpo sufre con él. Y no sólo lo sabemos, sino que nos conmueve tanto dolor y una lucha tan heroica y tan larga. Viera cuánto hemos llorado aquí a Monseñor Romero, que presente tenemos a ese pastor bueno en nuestras comunidades, con cuánto cariño leemos sus homilias. Fue un gran ejemplo su vida y su martirio para todos los centroamericanos. Nos duele el dolor de El Salvador y también el de Guatemala. En el periódico leíamos estos días el testimonio de un indio guatemalteco, de la aldea de Santa Teresa de Huehuetenango. Nos acordamos de usted, Santo Padre, porque él lleva su mismo nombre. Se llama Juan Pablo. Pues; este Juan Pablo salió vivo de una masacre que hizo el ejército en su aldea. Y contó cómo allí, llegaron los guardias, reunieron a todos y les preguntaron si eran cristianos. Y cuando dijeron que sí, llevaron a los hombres a la escuela y allí los fusilaron. Y a las pobres mujeres y a los niños a una iglesia. Y allí las violaron y después a todas las mataron a machetazos y también a los niños. A Juan Pablo lo hirieron y lo dieron por muerto, pero pudo escapar y contó todo.

Santo Padre, esto no es un hecho triste que sólo allí ocurrió. Todos los días pasan cosas así en Guatemala. Los campesinos entierran la Biblia, porque si se la ven, los matan. Se tienen que reunir cómo hacían los primeros cristianos, a escondidas, como en catacumbas, para poder rezar. Ya sabe usted cuántos sacerdotes, cuántos catequistas, cuántos delegados de la Palabra en Guatemala y en El Salvador han sido asesinados estos años. Esa sangre suya está siendo semilla de cristianos y eso nos consuela. Pero esa sangre derramada

injustamente clama al cielo como la sangre de Abel. Nosotros en Nicaragua, donde también corrió tanta sangre, trabajamos para salir adelante con esta Revolución. Y al hacerlo, sabemos que estamos trabajando para que no pasen ya más nunca estas cosas ni en nuestro país ni en Centroamérica. Y lo que más nos preocupa es que tanta muerte y tanto abuso se cometen, así dicen, en defensa de la civilización cristiana. Bien claros estamos de quiénes son los culpables y de que pecan contra el segundo mandamiento porque usan el nombre de Dios y el de Cristo en vano. El principal responsable de todo esto, Santo Padre, es el gobierno de los Estados Unidos. Ellos no defienden ninguna civilización cristiana, defienden sus intereses económicos. Entre Dios y el dinero, ellos siempre eligen el dinero. No defienden ellos más libertad que la de conservar su poder. Nos gustaría que usted escribiera a ese gobierno. Ellos son el mayor peligro contra la unidad y contra la vida de nuestros pueblos.

De todas estas cosas hablaríamos y no acabaríamos nunca. Se lo contamos porque nos parece bien grave esta situación y porque es ahora, en medio de estas dificultades, cuando nos llega su carta.

Somos pobres, sí, tenemos aún muy pocos recursos económicos. Pero eso no nos preocupa. Porque somos pobres tenemos esperanza. Como cristianos, hemos aprendido que Jesús fue un pobre y que sus preferidos fueron los pobres y que a ellos les confió el Evangelio y el anuncio de la buena noticia de la liberación. Y no es que lo hayamos aprendido con la cabeza o con la boca. Día a día lo vivimos, lo experimentamos, porque vamos saliendo adelante. Tenemos poco, pero tenemos a Dios de nuestra parte. Y eso nos da fuerzas para compartir lo poco que tenemos y para luchar para que algún día todos podamos vivir mejor. Esa fe en Dios la tenemos firme. Y la fe en Jesús, su Hijo, nuestro Liberador. Y esa fe nos une en esta Iglesia.

La verdad es que nosotros no nos llamamos "Iglesia popular". Más bien, sólo Iglesia. Lo que pasa es que algunos nos ponen ese nombre para decir después que no somos cristianos. Pero nosotros nunca nos hemos llamado así. Cuando en su carta usted nos describe cómo deben ser las comunidades, sentimos que están hablando de las que hay aquí. Esto no quiere decir que ya estemos satisfechos, que todo lo hagamos bien, sin ninguna falla. No, nos falta mucho para que nuestras comunidades eclesiales de base sean bien comprometidas, bien serviciales, bien unidas. Pero sabemos que no se convierte uno al Señor de una vez, sino que es cada día que tenemos que convertirnos o como nuestros obispos mismos nos dijeron en una carta, que es "actuando como cristianos como nos hacemos cristianos".

Nosotros, Santo Padre, no discutimos aquí en Nicaragua por los dogmas de nuestra fe. Las discusiones, cuando se dan, se dan por distintos criterios políticos. Pero pensamos

que en una situación como la que vivimos, sólo siendo ángeles no habría problemas. Sabemos que en la Iglesia, en todos los tiempos y en todos los países, siempre ha habido tensiones así. Usted nos llama a la unidad y queremos escuchar su llamado. Sabemos que mirando a Jesús, escuchando su Palabra y siguiendo su camino, iremos descubriendo todos, con nuestros obispos, que Dios nos quiere trabajando unidos por el bien de los más pobres. Usted ha repetido muchas veces que la Iglesia es la Iglesia de los pobres, porque ellos son los preferidos de Dios. En ese compromiso por los pobres y por la justicia y la paz nos vamos a unir. Se lo prometemos.

Y para no hablarle sólo de cosas difíciles y de problemas, queremos decirle también que en este tiempo en que le escribimos estamos celebrando en todo nuestro país las fiestas de muchos de nuestros santos: Santo Domingo, Santa Ana, San Jerónimo... Y fiestas a la Virgen María, Nuestra Madre, a la que tanto quiere usted. Somos un pueblo pobre y alegre. Para nosotros las fiestas son muy importantes, nos unen. Y de la celebración de nuestra fe y de la fiesta popular sacamos fuerzas para seguir adelante. Estamos ciertos de que le gustará saber esto.

No queremos despedirnos de usted sin contarle una idea. En algunas comunidades hemos llegado a pensar en lo hermoso que sería, por ejemplo, que en 1984, al cumplirse los cinco años de nuestra Revolución, la Iglesia de Nicaragua se reuniera en un Sínodo, como ha pasado ya en otras Iglesias de otros países. Un Sínodo en donde todos nos encontraríamos, compartiéramos las experiencias de estos años difíciles y planeáramos más organizadamente nuestro trabajo. Los de la capital y los departamentos, los de la ciudad y los del campo, los de la Costa y los del Pacífico. Todos, con nuestros pastores al frente, estaríamos ahí. Cada uno con su ración de problemas y esperanzas. Después de estos cinco años en que vamos sembrando con lágrimas y a la vez cosechando con alegría. Creemos que un encuentro así podría ayudar a la unidad de la Iglesia y que el camino de su preparación ya podría ayudarnos a irlo haciendo, si todos participamos unidos.

Debemos despedirnos ya. Perdón, Santo Padre, si algo importante se nos quedó por decir. De nuevo le agradecemos su carta y el que ella nos haya dado ocasión para contestarle. Y, como miembros de esta Iglesia que está en Nicaragua libre, le saludamos, desde la fe común que con usted nos une y desde la esperanza de que ni los ejércitos invasores ni los cercos económicos ni las amenazas de los poderosos, ni nuestras propias debilidades, ni la muerte, podrán jamás separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor.

En él, pedimos su bendición, sus hermanos

CATOLICOS DE NICARAGUA

EDUCACION BASICA

CERPE

CENTRO DE REFLEXION
Y PLANIFICACION EDUCATIVA

Para docentes y representantes
cinco monografías sobre la Educación Básica:

11. Filosofía
12. Plan de Estudio
13. El Alumno: Proceso evolutivo de su personalidad
14. El Docente: Su perfil y formación
15. La Comunidad Educativa

(De la serie de publicaciones LA EDUCACION EN VENEZUELA)

Pedidos a DISTRIBUIDORA CENTROS, Tfs. 661.28.40 y 661.95.15

Bs. 5